

El 18 de Julio,

HAN transcurrido cuarenta y cinco años desde el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, y la profunda significación de esa fecha histórica no cesa en la vida española. Los dos grandes bandos en que se dividió el país sienten aún hoy la frustración de lo que pudo ser: para unos, una guerra perdida, una ocasión perdida; para otros, una guerra ganada con una victoria que se ha ido deshaciendo lentamente entre las manos que la quieren conservar. Ha habido momentos recientes en los que se han hecho esfuerzos mutuos de superación, de crear una civilización y una cultura conjuntas. Desgraciadamente son esfuerzos que desfallecen; y bajo esta capa de trabajo, de intento de comunidad, de deseo de enfocar la vida nacional no como si no hubiera ocurrido nada, que eso no pasa nunca de ser imposible, sino precisamente como si hubiera ocurrido algo de lo que tendríamos mucho que aprender, brota el viejo volcán de la violencia, el ladrido de las armas; y de las palabras como armas, como disparos.

EN estos cuarenta y cinco años —aunque se dividan en

cuarenta y en cinco, aunque se tracen rayas divisorias de etapas, de situaciones— se ha producido una profunda transformación sociológica de España. Ha habido diversas alteraciones en las clases sociales, han irrumpido nombres nuevos en la cultura, en la política. El mundo en torno ha pasado por diversas experiencias, alguna tan decisiva como la II Guerra Mundial. Se han hundido ideologías; apenas han aparecido otras. La economía ha sufrido grandes alternativas. Y la religión, y los modelos de sociedad. Se han fortalecido algunas liberaciones: las de los pueblos colonizados, la de la mujer, la de la juventud. Se ha modificado el concepto de razas, de pueblos inferiores o pueblos superiores. Ha surgido el embrión de los grandes conjuntos supranacionales: el espíritu de San Francisco —las Naciones Unidas—, las unidades europeas. Han surgido estados nuevos, se han desmembrado otros. Es asombroso el cambio de la dinámica de vida como consecuencia, unas veces, de factores de ciencia y técnica, otras de demografía. Se ha pasado de la inseguridad del pequeño avión de hélice al paseo sobre la luna; de la

radio de galena a la televisión; del coche de los ricos al automóvil de todos. Del mosquetón «mauser» a la bomba atómica. Han aparecido conceptos nuevos —como el de la ecología—. Nuevas maneras de buscar la energía. La microelectrónica está cambiando el concepto del trabajo. Mucho de todo esto ha ido llegando a España; de manos ajenas, a veces para el servicio ajeno; con retraso, superponiéndose a estructuras todavía arcaicas, con resistencias, con dificultades; pero ha llegado, ha hecho y hace su trabajo.

Sin embargo a nada que se raspe la superficie española seguimos encontrándonos con el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis. Y si buscamos en ese dieciocho de julio aún encontramos huellas más antiguas, más profundas: un siglo diecinueve, un siglo dieciocho de problemas sin resolver; más atrás, una unidad de España mal soldada, unas expulsiones ideológicas y religiosas, unos factores de división y de opresión. Produce una cierta furia pensar que la gravedad de ese pasado no solamente no esté saldado hoy, sino que puede proyectarse incesantemente sobre el futuro.

hoy

LA furia es, naturalmente, inútil; si no sirve para hostigarnos, para estimularnos a la meditación y al deseo de superar lo que causa esta especie de maleficio. Hay una corriente de opinión impulsiva y sentimental que tiende a creer que pesa una especie de maldición, la maldición española, que nos impide ser como los demás. Pensamiento insuficiente. No hay nada escrito, no hay nada aciago. Hay torpezas, problemas de cultura y de educación, miedo—a veces, pavor: y lo explotan—, y una pobreza nunca resuelta que, ya se sabe, es el factor más claro para que los hermanos se odien.

Una de las razones para que el dieciocho de julio parezca no cesar en España puede encontrarse en las biografías individuales. Prácticamente nadie entre las generaciones vivas y con uso de razón está viviendo ajeno a lo que supuso la gran divisoria histórica; incluso los que han nacido muchos años después. Ahondando en cada uno se encuentran, detrás, los muertos, los cambios de posición; el cambio rotundo de destino. Nadie es **lo que hubiera sido de no haber mediado la guerra**

ASÍ FUE EL 18 DE JULIO

civil. Será algo mejor, o algo peor; algo quizá catastrófico, algunas veces triunfante. Hay algunos acontecimientos históricos que han cambiado poco las vidas cotidianas, que se han realizado en capas altas de poder y que han llegado escasamente a las grandes masas. No es de éstos el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, sino de aquellos que han influido en las vidas de cada uno de los que vivían entonces, y que se ha transmitido a los que no habían nacido todavía. A veces es un sentimiento puramente mítico; una fecha a la que se culpa de cosas ajenas a ella. Pero aún así, ese sentimiento tiene su valor en la vida civil de la España de hoy.

PARECE evidente que en las circunstancias de hoy —peligrosas, graves— no cabe una reproducción de la guerra civil. No existe la relación de fuerzas que había entonces, ni las circunstancias internaciona-

Eduardo Haro Tecglen

les que ayudaron a determinarla. Existe, sin embargo, un clima de guerra civil fría; unos extremos agresivos entre los que nos desenvolvemos y cuya atmósfera enrarece todos los esfuerzos y todos los trabajos por regresar a una idea de normalidad. A pesar de estas enormes diferencias y de las transformaciones, de los cambios de sociedad y de ambiente, la sensación es que hay un permanente espíritu de dieciocho de julio—de defensa o de agresión— que aparece como un fantasma de tragedia griega en toda la vida nacional.

Parece, por lo tanto, que un conocimiento del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, de sus causas y sus consecuencias, que le arrebatase el mito en lo posible y dejase su verdad lo más transparente posible, que ayude a comprenderlo en toda su magnitud, es útil y necesario en estos momentos. La idea del olvido no ha funcionado. Lo que se olvida sin haberse superado se convierte en neurosis, y en esa neurosis estamos viviendo. Es, sobre todo, preciso conocer lo que pasó, por qué pasó: aunque cada uno siga teniendo la capacidad de hacer su propio análisis. ■

E. H. T.